

Mons. Enrique Angelelli, Obispo de La Rioja
El corazón y el perfil de un profeta del Concilio Vaticano II °

Luis O. Liberti svd

Enrique Angel Angelelli conjuga el espíritu profético y sapiencial de los destacados testigos eclesiales de todos los tiempos. Sus palabras y gestos son un grito, un eco que sigue resonando en las etapas de la historia. Resistiendo a una cultura del olvido, del “ya fue”, recogemos y narramos la memoria viva de este pastor, quien siendo digno de fe, es para nosotros signo y fermento del reinado de Dios en la historia cotidiana. “El obispo Enrique Angelelli demostró estar animado del Espíritu Santo. Habló del Vaticano II y de Medellín con santa pasión, con esperanza indoblegable, con fortaleza heroica. Habló y puso en práctica. Lo quisieron silenciar con amenazas y con la muerte. Sólo lograron transformarlo definitivamente en un profeta que desborda los límites de su diócesis y de nuestra patria, cuya voz seguirá resonando en todos los rincones de la América Latina de Medellín y de Puebla”.¹

Nos proponemos identificar algunos de los aspectos más relevantes del pastoreo episcopal de Enrique Angelelli, en la sede diocesana de La Rioja (entre 1968 y 1976), previo paso en sus años anteriores como presbítero y más tarde, Obispo Auxiliar de Córdoba. Destacaremos su asimilación y encarnación del Concilio Vaticano II para configurar una Iglesia servidora, misionera del hombre y de la cultura del pueblo riojano. Con una clara opción por los más pobres y marginados, desde una visión trascendente y liberadora integral de la dignidad humana. Opción que fue aceptada y promovida entre muchos del pueblo y de la Iglesia riojana. También resistida y obstaculizada en todo momento por unos pocos, los consabidos “dueños del poder y del tener”.

“Mons. Angelelli llevó a la vida del pueblo de La Rioja las enseñanzas del Concilio Vaticano II, de Medellín y del documento de San Miguel del Episcopado argentino. Su acción pastoral, inspirada por estos documentos, fue objeto de duras polémicas. Fue un hombre que se dejó tomar por el Espíritu y apasionar por el Evangelio. Más allá de su fortaleza y limitaciones humanas, se abrió a la acción del Espíritu que motivó, en él, fuertes deseos de santidad y una gran entrega en el servicio de los pobres”.²

Algunas facetas del ministerio presbiteral de Enrique Angelelli

Enrique Angel nació en un modesto hogar en la periferia de la ciudad de Córdoba (Argentina), el 17 de julio de 1923, hijo de Celina Carletti y de Juan Angelelli. Cursó sus primeras letras en el colegio de las religiosas de Villa Eucarística, y a los quince años (el 6 de marzo de 1938) ingresó al Seminario Nuestra Señora de Loreto (Córdoba). Junto a otras cualidades, se destacó como estudiante de teología. En el tercer año, sus superiores y

° Publicado Revista *Proyecto* 41, 2002, 129-146.

¹ Novak Jorge, Mons. Enrique Angelelli, pastor riojano, Verbo Audiovisuales, Rafael Calzada, 1984, página 12.

² Declaración de la Conferencia Episcopal al cumplirse 25 años de la muerte del obispo de La Rioja: «Mons. Enrique Angelelli: vivió y murió como pastor». Los Obispos de la República Argentina. 81ª Asamblea Plenaria. San Miguel, 12 de mayo de 2001. En AICA-DOC 549, páginas 122-123, suplemento del boletín informativo AICA N° 2317 del 16 de mayo de 2001.

profesores le propusieron completar su formación sacerdotal en Roma. Como interno del Colegio Pío Latinoamericano finalizó los estudios teológicos y se ordenó sacerdote el 9 de octubre de 1949, en la Ciudad Eterna. Fue ordenado por el Cardenal Traglia. Al día siguiente celebró su primera Misa en la Basílica de San Pedro, en el Altar de la Cátedra. En 1951 obtuvo en la Universidad Gregoriana de esa misma ciudad, la Licenciatura en Derecho Canónico.

Ya entonces se contactó con las corrientes de la Juventud Obrera Católica (J.O.C.), impulsada por el belga José Cardjin. La J.O.C. nacida en la década de 1920 en Europa, tenía las siguientes características: un movimiento eclesial, obrero, juvenil y educativo,³ y era un instrumento de penetración y presencia católica frente a la expansión del socialismo ateo contemporáneo. “Angelelli tomó contacto con su impulsor mundial, Cardjin, y trasladó a la realidad argentina, con fino olfato, las ideas básicas y postulados de la J.O.C. mundial”.⁴

Angelelli a su regreso de Roma desempeñó toda su actividad sacerdotal en diversos campos pastorales de la ciudad de Córdoba. En septiembre de 1951, se inició como Vicario Cooperador en la Parroquia San José de Barrio Alto Alberdi y Capellán del Hospital Clínicas. Dados sus estudios fue designado Notario del Tribunal Eclesiástico de Córdoba, además ejerció la docencia en el Seminario Mayor (como profesor de Derecho Canónico y Doctrina Social de la Iglesia). También fue profesor de Teología en el Instituto Lumen Christi y en algunos colegios religiosos, además de participar de la Junta Arquidiocesana de Acción Católica. Junto a estos diversos servicios, sabía dedicar espacios para visitar a los pobres y marginados que vivían en los conventillos y en las villas miserias de la ciudad. En 1952 fue designado Asesor de la J.O.C. en Córdoba, teniendo además la atención pastoral de la Capilla Cristo Obrero. Nos detendremos sumariamente en algunos aspectos del servicio prestado por nuestro protagonista en la J.O.C.

Angelelli como asesor jocista vive en carne propia las conflictivas situaciones generadas entre el Gobierno Nacional y la Iglesia, y el posterior derrocamiento del Gral. Perón de la presidencia de la Argentina en 1955. En una escueta sinopsis de las exposiciones efectuadas por los Asesores Federales de la J.O.C., sobre la presencia de la Iglesia en el mundo obrero entre 1943 y 1955,⁵ Angelelli las concreta en cuatro puntos: en primer lugar se constata que no existió una gravitación de toda la Iglesia en la masa obrera, debido a que no hubo personas o instituciones que los acompañaran; en segundo lugar destaca la intemporalidad y el quietismo en las obras de la Iglesia al respecto; en tercer lugar faltó la presencia comprometida de la Iglesia en el ambiente juvenil y en lo educativo barrial obrero; finalmente invita a adecuar con premura las obras a las exigencias concretas de la historia.

Un tiempo después expresaría acerca del “problema obrero”, es decir del alejamiento o el distanciamiento entre la clase obrera y la Iglesia: “Es que para ubicar el Movimiento Jocista es necesario estar ubicados como Iglesia frente a la realidad del problema obrero. Nos faltó esta primera premisa, por lo menos, en su profundidad e importancia; de suerte

³ Cf. Conforti Reinado, La hora de la clase Obrera y de la Iglesia, Gran Buenos Aires, Moreno, 1996, páginas 92-96.

⁴ Kovacic Fabián, Así en la Tierra, Lohlé-Lumen, Buenos Aires, 1996, página 20.

⁵ Cf. Angelelli Enrique, Acción de la Iglesia en el campo obrero de 1943 a 1955, Notas de Pastoral Jocista, Año X, Abril-Mayo de 1956, página 120.

que no hemos sabido ver, por las razones que ellas sean, que la clase obrera configuraba un serio problema de Iglesia, al mismo tiempo que iba gestándose una conciencia tal, dentro de la misma masa, de su ubicación junto a las demás clases obreras, la participación en la vida y en el quehacer nacional, la fisonomía que imprimía a una Argentina anterior del '43' y a la Argentina durante y después del fenómeno peronista".⁶

Como asesor constataba que el jocista en el interior de la Iglesia no fue suficientemente comprendido y aceptado, e incluso algunas veces abiertamente rechazado en las parroquias y diócesis del país; por lo mismo, la Iglesia por medio de la J.O.C. tampoco supo hacer frente a la realidad del problema obrero. En la búsqueda de alternativas a estos males, Angelelli sugiere (entre otras) las siguientes acciones: por un lado, la formación de líderes obreros y cristianos en sus ambientes de trabajo y de misión. Para nuestro autor, la misión del jocista debía desarrollarse en el ámbito de su familia, del taller, la fábrica, del barrio, en las estructuras sindicales, etc., allí debía construir la Iglesia. Angelelli valoraba al jocista, no sólo por lo que hacía, sino por su participación bautismal que lo elegía indefectiblemente a compartir la misión de Jesús y de la Iglesia. Por otra parte, la J.O.C. necesitará de asesores que comprendiendo este ministerio y servicio, se preparen idóneamente, desde los primeros años de su formación.

Tampoco podemos dejar de mencionar la actitud de nuestro asesor: "ir al pueblo obrero" y encarnar en éste la Iglesia, es decir, edificar una Iglesia con rostro obrero. "En 1956 se reunió el Equipo Nacional de Asesores de la JOC, que integraban con Angelelli, los padres Pironio, Quarracino, Ganchegui, González, Ramondetti, entre otros. El encuentro tuvo especial trascendencia por cuanto se proponía revisar la postura de la Iglesia ante la clase trabajadora mayoritariamente peronista. Y el P. Angelelli jugó un rol decisivo para el cambio de actitud ante el mundo del trabajo, promoviendo la reconciliación de la Iglesia Católica con los trabajadores".⁷

Un obispo plasmado al calor del Concilio Vaticano II

En el transcurso de los servicios ministeriales brevemente indicados, fue elegido Obispo titular de Listra y Auxiliar de la Arquidiócesis de Córdoba en diciembre de 1960; siendo consagrado el 12 de marzo de 1961. De este modo tuvo la oportunidad de participar en las sesiones del Concilio Vaticano II,⁸ compartiendo el gozo de ver a la Iglesia revisarse a sí misma y recibir la fuerza del Espíritu para renovarse. La vivencia del Concilio Ecuménico y los documentos emanados en él, se convertirían en la fuente inspiradora para su servicio episcopal. Así escribiría: "Si echamos una mirada a la documentación conciliar, ciertamente que debemos confesar, que nos encontramos ante una riqueza tal, de donde es necesario ir sacando y desentrañando todo su contenido, porque es denso, justo, estudiado hasta la coma".⁹

⁶ Angelelli Enrique, Revisión y plan en la J.O.C. argentina, Notas de Pastoral Jocista, Año XII, Julio-Diciembre de 1958, páginas 113-114.

⁷ Baronetto Luis, Vida y Martirio de Mons. Angelelli, Tiempo Latinoamericano, Córdoba, 1996, página 23.

⁸ Mons. Enrique Angelelli participó en la primera (1962), tercera (1964) y cuarta (1965) sesión del Concilio.

⁹ Angelelli Enrique Mons., Reflexionando mientras concluye el Concilio. Escrito personal. Sin más datos. Archivo del Sr. Juan Aurelio Ortiz, Chuquis, La Rioja. Todo hace indicar que fue redactado en diciembre de 1965.

Según las Actas del Concilio Ecuménico, Mons. Angelelli realiza diecinueve intervenciones escritas y orales en torno a doce documentos conciliares. Dos intervenciones escritas, fueron redactadas por sus propias manos. En las otras (tanto escritas como orales) firma como adherente a la realizada por otro Padre Sinodal. Además, rubricó quince documentos conciliares promulgados oportunamente.¹⁰

Sus variadas intervenciones incursionan sobre los esquemas concernientes a los documentos que finalmente quedaron plasmados en las cuatro Constituciones conciliares: *Lumen gentium*, sobre la Iglesia; *Dei Verbum*, sobre la Divina Revelación; *Sacrosanctum Concilium*, sobre la Sagrada Liturgia y *Gaudium et spes*, sobre la Iglesia en el mundo actual. También en los Decretos: *Christus Dominus*, sobre la función pastoral de los obispos; *Presbyterorum Ordinis*, sobre el ministerio y la vida de los presbíteros; *Apostolicam actuositatem*, sobre el apostolado de los laicos; *Ad gentes divinitus*, sobre la actividad misionera de la Iglesia y *Unitatis redintegratio*, sobre el ecumenismo. Y además las Declaraciones: *Dignitatis humanae*, sobre la libertad religiosa; *Gravissimum educationis*, sobre la educación cristiana y *Nostra aetate*, sobre las relaciones de la Iglesia con las religiones no cristianas. Entre las diversas intervenciones, destacamos su participación en el decreto sobre el ministerio y la vida de los presbíteros con cinco observaciones escritas (dos de la propia mano de nuestro obispo) y una oral.

A partir del Concilio la Iglesia Católica vive un tiempo de profunda actualización, también vivida en la Iglesia argentina, reconociendo en Mons. Enrique Angelelli a uno de sus promotores.¹¹ Dentro de la Conferencia Episcopal Argentina (CEA), desde mayo de 1966 hasta abril de 1970 se desempeñó como vicepresidente de la flamante Comisión Episcopal de Pastoral (COEPAL), desde allí “participó de la elaboración del Plan Nacional de Pastoral, que el Episcopado Argentino aprobó en noviembre de 1967, para poner en marcha en todas la diócesis del país el Concilio con sus ideas fuerzas y en sus estructuras nuevas”.¹²

En los primeros años (1966-1969), la COEPAL, se dedicó a pergeñar las líneas-fuerzas abiertas por el Plan Nacional de Pastoral, que dieran cauce a la Pastoral de Conjunto en la Iglesia argentina. En este primer período se destaca la “creación de los organismos diocesanos, regionales y nacional de pastoral de conjunto y búsqueda de una orientación general de la pastoral argentina”.¹³ En un segundo período (1969-1973) se

¹⁰ Cf. Acta Sinodalia Sacrosanti Concilii Oecumenici Vaticano Secundi, ex Typis Polyglotis Vaticanis. 1976, Volumen 3, Parte 8, página 893, firma el 21 de noviembre de 1964 la constitución *Lumen gentium* y los decretos *Orientalium Ecclesiarum* y *Unitatis redintegratio*; Idem, 1978, Volumen 4, Parte 5, página 656, firma el 28 de octubre de 1965 los decretos *Christus Dominus*, *Perfectae caritatis* y *Optatam totius* y las declaraciones *Gravissimum educationis* y *Nostra aetate*; Idem, 1978, Volumen 4, Parte 6, página 669, firma el 18 de noviembre de 1965, el decreto *Apostolicam actuositatem* y la constitución *Dei Verbum*; Idem, 1978, Volumen 4, Parte 7, página 841, firma el 8 de diciembre de 1965 la declaración *Dignitatis humanae*, los decretos *Ad gentes divinitus* y *Presbyterorum Ordinis* y la constitución *Gaudium et spes*.

¹¹ También es conveniente recordar a otros obispos argentinos contemporáneos identificados en esta renovación. Entre otros: Alberto Devoto (Goya); Manuel Marengo (Azul), Vicente Zazpe (Rafaela y Santa Fe), Juan Iriarte (Reconquista), Marcelo Scozzina ofm (Formosa), Jaime De Nevares sdb (Neuquén), Carlos Ponce de León (San Nicolás), Miguel Raspanti sdb (Morón), Antonio Brasca (Rafaela), Italo Di Stefano (Saénz Peña), etc.

¹² Farrel Gerardo Mons., Enrique Angelelli, Pastor de una Iglesia Renovada para el Hombre Nuevo, Boletín Lauretano del Seminario Mayor Ntra. Sra. de Loreto (Córdoba, Argentina), N° 56, año 1997, página 20.

¹³ Memorandum sobre la COEPAL 1966-1973, en Caja Colección Farrel/COEPAL, Biblioteca del Seminario María, Reina de los Apóstoles, de la Diócesis de Quilmes.

subraya el “proceso de asunción de la pastoral popular como orientación general y lanzamiento de líneas prioritarias promotoras de la acción conjunta: Santuarios; Juventud, multiplicación de la presencia misionera de la Iglesia”.¹⁴ La COEPAL en los primeros años ya indicados tuvo una extensa actividad de diálogo, consulta, elaboración y ejecución que podemos sintetizar (sin ser exhaustivos) en los siguientes aspectos: proyectos de documentos o estudios preparados para la CEA; publicaciones; reuniones, encuentros, cursos y talleres formativos; etc.

Conviene recordar algunos de los proyectos de documentos o estudios, preparados por la COEPAL para la CEA, los cuales fueron marcando un nuevo rumbo pastoral posconciliar en la Iglesia argentina, en orden a la ansiada pastoral de conjunto. Destacamos: Plan Nacional de Pastoral; Regionalización pastoral; Normas básicas para los Consejos Presbiterales y Pastorales; Coordinación y competencias de las Comisiones Episcopales; Pre-documento de Medellín; Organización del Instituto Nacional de Pastoral; elaboración de los capítulos “Pobreza de la Iglesia”, “Pastoral Popular”, “Pastoral de Dirigentes” y “Pastoral de Conjunto” dentro de la Declaración de San Miguel de 1969; Guía para el examen sobre el cumplimiento de los compromisos contraídos en San Miguel (1969); Estatutos de la Conferencia Episcopal Argentina (CEA); etc.¹⁵

De acuerdo a lo consignado en las actas e informes de la COEPAL, Mons. Enrique Angelelli, tuvo activa participación particularmente en dos de los antes reseñados, uno es el referido a la Regionalización Eclesiástica de las diócesis en Argentina y el otro con relación al Capítulo VI “Pastoral Popular” de la Declaración de San Miguel. En el primero, nuestro obispo asesoró escribiendo las Normas Jurídicas referentes a la regionalización. Un primer proyecto lo presentó en la Asamblea Plenaria de la CEA en noviembre de 1967, luego la COEPAL ayudó a su corrección y nueva elaboración. Ello fue presentado nuevamente por Angelelli en la Asamblea Plenaria de la CEA, de noviembre-diciembre de 1968.¹⁶ La Regionalización Eclesiástica fue aprobada en la Asamblea Plenaria de la CEA, de acuerdo al proyecto que oportunamente había elaborado la COEPAL.¹⁷ Con respecto al capítulo “Pastoral Popular” de la Declaración de San Miguel, la presentación del mismo en la Asamblea Plenaria de abril de 1969, estuvo a cargo de Mons. Enrique Angelelli, la cual fue aprobada por unanimidad.¹⁸ La misma, “fue como una profecía, porque su pastoral se convirtió en un testimonio vivo de una auténtica evangelización de la cultura y de la búsqueda de liberación social para su pueblo riojano, como concreción de la opción preferencial por los pobres, que es lo que intentaban orientar los documentos mencionados”.¹⁹

¹⁴ Ibidem.

¹⁵ Cf. Ibidem.

¹⁶ Cf. Acta de la reunión de la COEPAL, Buenos Aires, 18 y 23 de septiembre de 1968; Idem, Buenos Aires, 25 de noviembre de 1968; COEPAL, Proyecto de Regionalización Eclesiástica en Argentina; en Caja Colección Farrell/COEPAL, Biblioteca del Seminario María, Reina de los Apóstoles, de la Diócesis de Quilmes.

¹⁷ Cf. Boletín Informativo de la COEPAL N° 6, año 1969, página 2; en Caja Colección Farrell/COEPAL, Biblioteca del Seminario María, Reina de los Apóstoles, de la Diócesis de Quilmes.

¹⁸ Cf. Farrel Gerardo Mons., Enrique Angelelli, Pastor de una Iglesia Renovada para el Hombre Nuevo, Boletín Lauretano del Seminario Mayor Ntra. Sra. de Loreto (Córdoba, Argentina), N° 56, año 1997, página 21.

¹⁹ Ibidem.

Pastor del pueblo riojano

Iniciada la aplicación del Concilio en la Iglesia argentina, el 11 de junio de 1968 era preconizado obispo de La Rioja. Toma posesión de la sede riojana el 24 de agosto de 1968, el mismo día que Pablo VI inauguraba (en Bogotá) la II Conferencia del Episcopado Latinoamericano, concluida el 6 de septiembre de ese mismo año en la ciudad de Medellín. Se tomó en serio el ser un obispo conciliar, y consideró que el Señor le pedía que su ministerio episcopal en La Rioja, debía asumir integralmente la renovación impulsada por el Concilio Vaticano II.

Cuando llegó a La Rioja, sus primeras palabras fueron: “Les acaba de llegar un hombre de tierra adentro, que quiere identificarse y comprometerse con ustedes. Por eso desde ahora les dice: mi querido pueblo riojano”.²⁰ Como pastor recorrió la extensa y diversa geografía de la diócesis (cerros, valles, quebradas, viñas, llanos), compenetrándose de su rica historia, de sus tradiciones y costumbres que expresan como es el espíritu riojano. De este modo comenzó la tarea que la Iglesia le había encomendado escuchando a la gente, para poner en práctica el Evangelio con ellos y desde ellos.

El resultado (entre otros), del Concilio Vaticano II es la instauración del diálogo perdido con el mundo y con el hombre de cada época y región. Por eso como él mismo solía decir, “puso un oído al pueblo” y escuchó que La Rioja vivía el signo trágico del subdesarrollo, que había hambre y miseria, enfermedades endémicas, una alta tasa de mortalidad infantil, un gran porcentaje de analfabetismo. Se hizo eco de los salarios injustos que recibían los obreros, los peones, los hacheros. Escuchó los problemas que afectaban a la familia, el abuso que se hacía de la mujer, del éxodo hacia otras provincias en busca de trabajo. Así el clamor del pueblo riojano pobre, sufrido y postergado se clavó en su corazón.

El mismo lo había intuido al arribar a La Rioja: “... tierra que guarda en sus entrañas metales preciosos; donde florece la vid y el olivo; tierra sedienta, esperando que le recojan el agua de sus entrañas para hacer felices a sus hijos; tierra generosa para brindar abundante pan, si con el trabajo y el esfuerzo común y participado por todos, se le brinda medios adecuados y eficaces, para que sus hijos puedan sumarse a la gran tarea solidaria de hacer feliz a la nación, haciendo próspera y desarrollada en sus potencialidades a la provincia. Tierra abierta al progreso y a la técnica; a los auténticos valores de la realización integral del hombre riojano, sensible y que sabe cantarle a las cosas nuestras; esperanzada para el progreso de todos los auténticos valores humanos del hombre riojano. Tierra que deja escuchar su grito de liberación porque siente que le ha llegado la hora de mostrar al país entero que guarda en su seno la imagen todavía pura, del hombre argentino y latinoamericano. Tierra con un rico acerbo de vivencia espiritual y fe cristiana, ansiosa de seguir madurando las semillas evangélicas sembradas en su alma riojana”.²¹

Con el propósito de hacer germinar las semillas evangélicas esparcidas en la tierra-cultura riojana, organiza en mayo de 1969 la primera Semana Diocesana de Pastoral. El objetivo era ubicar a la Iglesia de La Rioja en estado de concilio, es decir, que tomara

²⁰ Angelelli Enrique Mons., Homilía del 24 de agosto de 1968, día en que asumió la Diócesis de La Rioja, en Archivo del Obispado de La Rioja.

²¹ Idem.

conciencia de sí misma y de la renovación conveniente, que la hiciera más apta en el servicio evangelizador. Inspirado en los grandes interrogantes planteados en el aula conciliar, Angelelli también inquiere: “¿Iglesia riojana qué dices de ti misma? ¿Cuál es tu misión?”. Esta Semana marcaría el rumbo eclesial y pastoral del pastoreo de Enrique Angelelli en La Rioja. El compromiso eclesial fue un profundo desafío para los sacerdotes, religiosos, religiosas y laicos. Era el comienzo de un proyecto sin antecedentes en La Rioja. “Esta Iglesia concreta que cuestiona, pero que durante esta Semana se ha cuestionado a sí misma, anhela ir moldeando una Iglesia diocesana donde todos se sientan fuertemente corresponsables de la misión salvadora traída por Cristo al hombre de nuestro pueblo; sin atadura ninguna y servidora de todos; profética y santificadora y a la vez identificada con este Pueblo ... sin ataduras ni silencios cómplices con el poder civil y a la vez colaboradora eficaz de todo esfuerzo que signifique liberación, desarrollo y auténtica promoción del hombre; unida a la vez diversificada en la riqueza de dones distribuidos por el Señor a cada miembro de esta Iglesia particular...”.²²

La Semana Diocesana de Pastoral estuvo enmarcada en el proyecto pastoral del episcopado argentino, asumido en la denominada “Declaración de San Miguel” de abril de 1969. La misma, buscó de adaptar a la realidad eclesial argentina, las Conclusiones de la II Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, efectuada el año anterior en Medellín (Colombia). Del Capítulo VI sobre la “Pastoral popular” que fuera presentado por nuestro obispo en la Asamblea Episcopal recordamos: “Que la Iglesia ha de discernir acerca de su acción liberadora o salvífica desde la perspectiva del Pueblo y de sus intereses, pues por ser éste sujeto y agente de la historia humana, que está vinculada íntimamente a la Historia de la Salvación, los signos de los tiempos se hacen presentes y descifrables en los acontecimientos propios de ese mismo Pueblo o que a él afectan. Que por tanto la acción de la Iglesia no debe ser solamente orientada hacia el Pueblo, sino también y principalmente desde el Pueblo mismo”.²³

El desafío de partir del pueblo implicaba un giro en la perspectiva pastoral de la Iglesia argentina. Exigía nuevos discernimientos y búsquedas. Promovía una constante lectura de los signos que se dan en el acontecer de los hombres y su cultura, no fijos ni fríamente catalogables, sino en un pueblo libre, desarticulado necesariamente ante cosas definidas y estructuradas. En la pastoral popular se podían fijar ciertos criterios, pero los resultados de una encarnación liberadora desde el pueblo obligaba a que permanecieran siempre abiertos.²⁴ La pastoral impulsada por Mons. Angelelli en la Iglesia riojana se convirtió en una lúcida encarnación de la Declaración de San Miguel.

Con fino espíritu sapiencial, el obispo Angelelli nos dejó plasmada su visión del hombre y del pueblo mediante algunos versos. Fueron escritos en 1973; los tituló: *El hombre proyecto de pueblo*.²⁵

²² Documento Final de la Semana Diocesana de Pastoral, La Rioja, 1 al 4 de mayo de 1969, página 5, en Archivo del Obispado de La Rioja.

²³ Declaración del Episcopado Argentino en abril de 1969, Ediciones Paulinas, Buenos Aires, 1972, Capítulo VI, números 4 y 5. Los subrayados son nuestros.

²⁴ Cf. Campana Oscar, San Miguel, una promesa escondida, reportaje a Lucio Gera, Nuevo Mundo, N° 55, año 1998, página 82.

²⁵ Angelelli Enrique, Encuentro y Mensaje. Poemas, Patria Grande, Buenos Aires, 1984, 3ª edición, páginas 17-18.

Mezcla de tierra y de cielo,
proyecto de humano y divino ...
en cada hombre se hace rostro
y su historia se hace pueblo.

Es barro que busca la Vida,
agua que mezcla lo Nuevo,
amor que se hace esperanza
en cada dolor del pueblo.

El pan en el horno florece ...
¡Es para todos, amigos!
Nadie se sienta más hombre,
la vida se vive en el pueblo.

Porque el proyecto se hace silencio,
porque la vida se hace rezo,
porque el hombre se hace encuentro
en cada historia de pueblo.

Déjenme que les cuente
lo que me quema por dentro;
es amor que se hizo carne
con chayas y dolor de pueblo.

¿Saben? Lo aprendí junto al silencio ...
Dios es trino y es uno,
es vida de Tres y un encuentro...
aquí la historia es camino
y el hombre siempre un proyecto.

Del mismo modo que antes indicábamos su oído en el corazón del pueblo, también puso el otro “oído en el Evangelio”, iluminando preferencialmente con él y desde la fe la situación del hombre pobre, del que sufre y padece bajo el yugo de estructuras injustas, a fin de dignificarlo y promoverlo. Sus prédicas y acciones pastorales a partir de los valores evangélicos como la justicia, la liberación y el desarrollo integral del hombre y su cultura, recuerdan la unidad de la persona humana, ante lo cual la liberación temporal y la eterna no pueden fraccionarse. En esta convicción, el obispo Angelelli predicó y dio testimonio de iniciar un proceso de encarnación con el hombre y su cultura, que exige la escucha solícita a los signos de los tiempos para prestarles atención peculiar e interpretarlos, a fin de discernir en ellos el plan salvífico de Dios.

Identificado con la opción de Jesús, no dejó de proclamar que el Reino de Dios es de los pobres, no sólo porque ellos lo heredarán, sino también porque identificándose con su destino es como lo conquistó el mismo Jesucristo. No realizó una selección sociológica, amó a todos los sectores y ámbitos del pueblo en general, aún a quienes lo calumniaron o persiguieron por disentir con sus opciones. Buscó afanosamente de privilegiar la misión evangelizadora con y desde los pobres, inspirado por la Iglesia reformada y renovada a partir del espíritu del Concilio Vaticano II, los Documentos Finales de Medellín y de la

Declaración de San Miguel de los Obispos argentinos. Todos éstos releídos y contextualizados a partir de la primera Semana Diocesana de Pastoral y las similares celebradas hasta 1976, las cuales fueron iluminando y discerniendo los caminos evangelizadores de la Iglesia en La Rioja.

Mons. Enrique Angelelli fue el pastor que siguiendo la praxis de Jesús, optó decididamente por los pobres y marginados en un compromiso por “la justicia y la paz”, palabras que conformaron el lema de su escudo episcopal. El mismo enseñaba “que no había que esperar la liberación temporal para evangelizar, como algunos interpretaban entonces los documentos de Medellín. El Evangelio era raíz y el mejor inicio de liberación temporal, porque ponía los elementos que hacían verdadera la promoción humana”.²⁶ Al reflexionar los mensajes y las acciones pastorales de Mons. Angelelli observamos una peculiar predilección por el hombre integral; por lo mismo creyó, esperó y amó profundamente al hombre como expresión de la inigualable restauración obrada por Jesús en la Encarnación y en la Pascua.

En el origen y en el propósito trascendental de sus exhortaciones y acciones pastorales hay una persistente insistencia y confianza en la fe, la esperanza y la caridad como dones de la gracia de Dios. En las virtudes teologales, el Obispo vislumbraba un núcleo generador que posibilitaba y concretizaba las grandes aspiraciones y tendencias innatas del hombre y del pueblo, en aras de su realización más profunda. Creyó y proclamó de un modo decidido la conversión y el cambio del hombre manchado por el pecado, esperó y se esforzó trabajando por la liberación integral de todo lo que oprimía e impedía la vivencia de la justicia y la paz en La Rioja, amó y se apasionó por llevar adelante el proyecto del reinado de Dios entre los suyos. Fue consecuente con el Concilio Vaticano II (*Gaudium et spes* N° 45), al asumir que: “El Verbo de Dios, por quien todo fue hecho, se hizo carne de modo que, siendo Hombre perfecto, salvara a todos y recapitulara todas las cosas. El Señor es el fin de la historia humana, el punto en el que convergen los deseos de la historia y de la civilización, centro del género humano, gozo de todos los corazones y plenitud de sus aspiraciones”.

La Iglesia riojana: servidora del pueblo

Su “oído en el pueblo y otro oído en el evangelio”, lo impulsó a vivir en una actitud de servicio y disponibilidad en cuanto ayudara a que el hombre fuera cada vez más hombre. Y por eso buscó medios, apoyó iniciativas y alentó proyectos que configuraron una verdadera promoción humana y evangélica del pueblo riojano²⁷. Su disponibilidad para servir, quedó rubricada desde el inicio de su ministerio episcopal en La Rioja: “No vengo a

²⁶ Declaración de la Conferencia Episcopal al cumplirse 25 años de la muerte del obispo de La Rioja: «Mons. Enrique Angelelli: vivió y murió como pastor». Los Obispos de la República Argentina. 81ª Asamblea Plenaria. San Miguel, 12 de mayo de 2001.

²⁷ Al respecto, transcribimos algunas realizaciones consignadas en la Relación de la Diócesis de La Rioja a la Santa Sede, con motivo de la “visita ad limina” de Mons. Angelelli realizada en 1974, en la página 45 leemos: “Obras promocionales: Impulso y colaboración en la creación de Centros de Vecinos. Cooperativa de trabajo y consumo en Guandacol. Concreción del Sindicato de Obreras y Empleadas domésticas en Chamental y Olta. Concreción del Sindicato de obreros mineros de la Argentina (AOMA) con sede en la parroquia de Olta. Concreción de la Federación Argentina de Trabajadores Rurales (FATRE), filial La Rioja. Concreción de la Cooperativa de Trabajo Amiguense Limitada (CODETRAL) en Aminga. Realizaciones del Movimiento Rural Diocesano de Acción Católica: organización, concientización y promoción del campesino riojano, especialmente del joven. (...)”. En Archivo del Obispado de La Rioja.

ser servido sino a servir, a todos, sin distinción alguna; clases sociales, modos de pensar o de creer; como Jesús, quiero ser servidor de nuestros hermanos los pobres; de los que sufren espiritual o materialmente, de los que reclaman ser considerados en su dignidad humana, como hijos del mismo Padre que está en los cielos; de los que reclaman el afecto y comprensión de sus hermanos; cuenten con este hermano, que es también padre en la fe; quiero estar junto a cada riojano que desinteresadamente se brinde por servir a sus hermanos, servidor de los adultos y especialmente de la juventud”.²⁸

Su ministerio episcopal propuso convertir a la Iglesia riojana en una comunidad servidora del hombre concreto, de todo el hombre y de todos los hombres. Esta convicción inspirada en el Concilio Vaticano II, fue para Mons. Angelelli motivo de permanentes y perseverantes llamados y también, de no pocos conflictos a fin de que los católicos de La Rioja lo incorporaran al nuevo estilo que la Iglesia iba moldeando ante el mundo a partir del Concilio. Las palabras del Papa Pablo VI pronunciadas el 7 de diciembre de 1965, en la Basílica de San Pedro, durante la sesión pública con que se clausuró el Concilio Vaticano II, calaron el espíritu eclesial de nuestro Pastor y las encarnó hasta sus últimas consecuencias: “Aún hay una cosa que juzgamos digna de consideración: toda esta riqueza doctrinal tiene una única finalidad; servir al hombre en todas las circunstancias de su vida, en todas sus debilidades, en todas sus necesidades. La Iglesia se ha declarado en cierto modo la sirvienta de la humanidad, precisamente en un momento en el que su magisterio y gobierno pastoral, por las solemnes celebraciones del Concilio ecuménico, han adquirido mayor esplendor y vigor; más aún, el propósito de practicar el servicio ha ocupado realmente un lugar central”.²⁹

Desde una Iglesia misionera, servidora y solícita por el proceso de liberación integral del hombre como constituyente de su programa evangelizador, particularmente los presbíteros y la vida religiosa fueron invitados a compartir las angustias y esperanzas, los logros y sufrimientos del hombre riojano. También los laicos, desde su consagración bautismal, estuvieron convocados para participar decididamente en el compromiso secular como activos responsables en la vivencia y el anuncio del Evangelio, asumiendo el desafío de romper los estrechos límites de su pertenencia o asociación a instituciones eclesísticas.

El Tinkunaco (encuentro), un abrazo fraternal

Mons. Angelelli animó y favoreció las expresiones religiosas del pueblo riojano. Aprendió de ellas, descubriéndolas como portadoras de profundo contenido trascendente. En éstas el pueblo pobre y sencillo expresa creencias y valores, por ejemplo: las razones últimas del sentido de la vida; la espera de nuevos tiempos y oportunidades; la alegría de la fiesta y la comunión o encuentro de los hombres entre sí y con Dios. Con sus mensajes y gestos pastorales subrayó y enfatizó el protagonismo del hombre y del pueblo riojano reconociendo y apreciando su peculiar historia, cultura y religiosidad. Por eso valoró el ámbito de la sabiduría popular y religiosa, como un reflejo del modo de vivir, sentir y manifestarse de un pueblo. Mons. Angelelli, en su afán de encarnación en la sabiduría popular, se revela como su pastor, como aquél que interpreta, recoge y discierne evangélicamente sus expresiones religiosas.

²⁸ Angelelli Enrique Mons., Homilía del 24 de agosto de 1968, día en que asumió la Diócesis de La Rioja.

²⁹ Concilio Vaticano II. Constituciones. Decretos. Declaraciones., BAC, Madrid, 1993, página 1179. Los subrayados son nuestros.

Acompañó muy de cerca las diversas celebraciones patronales en las ciudades y en los pueblos más alejados de la diócesis y después en la Misa de los domingos, transmitida por radio a toda la provincia, los saludaba personalmente, a la familia cual que perdió un ser querido, a la abuela tal que cumple años. Algunas veces para que las “comadres” no se pusieran celosas, el saludo era un tosecita convenida de antemano. A todos llegaba profundamente la voz querida y esperada de su pastor. Las patronales, la celebración de la Eucarística, la administración de los sacramentos, eran ocasiones para asumir las alegrías y las penas del pueblo. Conocía a todos, escuchaba a todos, acogía a todos. Fue el pastor de su grey y todos acudían a él, como él mismo lo hacía con todos. No hizo exclusivismo, ricos y pobres, sabios e ignorantes, creyentes y no creyentes, todos tuvieron cabida en su corazón.

Así vivió el Encuentro (en lengua quichua: “Tinkunaco”), expresión máxima de la religiosidad del riojano, a la que como maestro en la fe iluminó con sabias reflexiones teológicas y enriqueció con su amor de pastor. Cada treinta y uno de diciembre al mediodía, miles de personas se reúnen en la plaza principal de La Rioja. Allí aparece el Inca y sus aillis, herederos de aquellos indígenas sabios y guerreros, con la imagen del Niño Dios vestido de Alcalde. Ante él, el Obispo y sus sacerdotes, los Alféreces y Promesantes (en recuerdo de los conquistadores españoles), también el Gobernador y sus ministros, el pueblo todo con la imagen negra de San Nicolás (patrono de la provincia y de la diócesis), se inclina, hace tres genuflexiones y rinde homenaje al Niño Dios Alcalde. Mientras se realiza la ceremonia de la rendición de San Nicolás un silencio impresionante envuelve a la multitud de los fieles. Luego de la última genuflexión el clero inciensa al Niño Alcalde y a continuación se procede a dar vuelta a San Nicolás hacia su sede natural, la Catedral, emprendiendo ambas imágenes la peregrinación hacia el interior de la misma. Allí permanecerá como “huésped” por tres días la imagen del Niño Dios. El silencio se rompe en el momento que ambas imágenes marchan hacia la Iglesia Catedral, las campanas de los templos se echan a volar, las bandas rompen a tocar, los aillis a cantar y el pueblo todo saluda con el revolotear de miles de pañuelos a las imágenes que ingresan al templo mayor de La Rioja.

Es una larga historia que se remonta a 1593. Explotados por los españoles, los diagüitas bajaron de las montañas y sitiaron la ciudad. La intercesión de san Francisco Solano restableció la paz, que el Inca aceptó con la condición de que ambas razas juraran fidelidad al Niño Dios reconociéndolo como Alcalde de la ciudad y máxima autoridad civil de la región. Tal acontecimiento dio origen al Tinkunaco, que quiere decir Encuentro, celebración que se repite todos los años desde aquella ocasión.

Mons. Angelelli reconoció que el riojano nació para ser hermano, lo lleva en la sangre, en su origen y en su historia. En una homilía expresaba: “En cada encuentro nos manifestamos como somos, lo que hemos logrado como pueblo y lo que aún nos falta. El canto lleno de esperanza y a la vez dolorido en la caja del Inca, es un grito que cada año se repite, para que tomemos mayor conciencia de que aún nos falta caminar mucho para lograr el verdadero encuentro de todos. El Tinkunaco es un grito de esperanza para celebrar la vida todos juntos, necesitados aún de mayor fraternidad, de mayor justicia, de mayor igualdad como hijos de un mismo Padre que está en los cielos. (...) Hemos doblado las rodillas ante el Cristo Alcalde para confesar nuestra fe cristiana, que debe traducirse en la vida, en el compromiso y en el servicio fraternal. Confesamos nuestra propia debilidad cada

año para lograr este encuentro riojano, sin que se nos quede nadie ni despreciemos a nadie”.³⁰

El espíritu poético del obispo Angelelli nos permite acceder a algunos versos, que complementan las reflexiones y los gestos pastorales que iluminaron la reconciliación, la comunión y el encuentro. Así asoma de su pluma el 18 de febrero de 1973 el *Tinkunaco riojano*.³¹

Ya se oyen galopes en la quebrada del cerro,
las cajas peregrinan una marcha de encuentro
y en Las Padercitas un fraile prepara la Pascua
para la raza india, americana y diagüita.

Un Niño vestido con la carne nuestra
es encuentro de cielo y de Mama tierra;
los cerros le cantan con voces de estrellas
y en La Quebrada cuajada de flor, una Luz se hace huella.

La caja diagüita cargada de penas
galopa en el tiempo cantando la chafa,
lentilla de harina, lentilla de albahaca,
Con color de vino y coraje de guapa.

Ya son las doce con rumbos de encuentro,
los “Aillis” ya llegan en el filo del tiempo,
y al Niño vestido con carne de pueblo
Lo adoran los “Alféreces” en la Casa de Gobierno.

Incienso y silencio se queman en la calle.
no es farsa... mito... recuerdo... es mensaje
con gritos de penas y esperanzas de sangre...
Así reza la caja del “Inca” que de nuevo sale.

Porque el Santo lo espera con carne de pueblo,
La misma del Niño que viene de “Alcalde”.
Y cuando la campana canta el Tinkunaco grande,
La Rioja florece en historia, vida y mensaje.

Así como muchos no aceptaron su empuje por la renovación conciliar, otros no comprendieron su fidelidad a la religiosidad popular, a la cultura concreta del riojano. En su servicio episcopal trató de ser fiel a la letra y al espíritu del Capítulo VI de la Declaración de San Miguel sobre la “Religiosidad popular”. Del mismo recordamos: “Mantener y purificar las expresiones populares de la vida cristiana, las de los nativos y las de los inmigrantes. Estas expresiones –y entre ellas especialmente las devociones populares- han

³⁰ Angelelli Enrique Mons., Homilía del 1 de enero de 1973, en Archivo del Obispado de La Rioja.

³¹ Angelelli Enrique, Encuentro y Mensaje. Poemas, Patria Grande, Buenos Aires, 1984, 3ª edición, páginas 23-24. Estos mismos versos fueron recitados por una joven en la Misa del entierro de Mons. Angelelli el 6 de agosto de 1976.

de ser orientadas gradualmente, con prudente firmeza y gran sentido pastoral hacia el auténtico culto cristiano, particularmente el litúrgico, hacia una madurez personal de fe y costumbres cada vez mayor y hacia la integración en la vida de comunidades cristianas”.³²

Mons. Angelelli, desde sus años de Asesor de la Juventud Obrera Católica en la década de 1950, conoció y vivió en carne propia el desencuentro entre el pueblo trabajador y las dirigencias ilustradas (intelectuales, sociales, políticas o eclesiales). Su decidida opción por el movimiento obrero, transparenta que su estilo era el reencuentro de la Iglesia con el pueblo sencillo y trabajador. Ya en La Rioja valoró la cultura “manifestada en los comportamientos sociales del pueblo criollo, particularmente en sus expresiones religiosas, pero a la vez, quiso el progreso del pueblo. Para él, la cultura vivida por los sectores criollos no era una cosa del pasado. Venía de la historia, pero ésta era una fuente vital, no lápida inerme de la cultura nacional, porque era memoria no vivida por sectores importantes de la población, mayoritarios en su Rioja querida, pero significativamente presentes también en las grandes ciudades receptoras de las migraciones internas”.³³

Resistencias al proyecto eclesiológico y pastoral

Frente a las palabras y los gestos concretos de una Iglesia servidora del hombre pobre y marginado, se fueron levantando otras voces y acciones. Quienes tenían puesto el corazón en las cosas de la tierra, en el poder o en el tener, vieron amenazados sus intereses, por ejemplo: mejorar las condiciones de trabajo y remuneración del campesino o del obrero suponía obtener menos ganancias. Entonces comenzaron a difundir una ola de calumnias,³⁴ con el afán de impedir y perturbar el accionar del Obispo y la Iglesia riojana. La oposición se fue concretando en diversos hechos: a fines del año 1971 el gobierno provincial (de facto) le prohíbe el uso de la radio para la transmisión de la Misa dominical; en marzo de 1972 agreden físicamente al párroco y a dos laicos en la ciudad de Famatina; en agosto detienen sin causa a dos sacerdotes; y en diciembre del mismo año en el Colegio Sagrado Corazón, un grupo de católicos autodenominados “Cruzada Renovadora de Cristiandad”, dificulta al Obispo la celebración del Sacramento de la Confirmación. En junio de 1973, el obispo Angelelli y otros acompañantes (sacerdotes y religiosas) son impedidos de presidir la fiesta patronal en Anillaco, en honor de San Antonio, y son obligados a retirarse del lugar en medio de insultos y hostilidades. A los pocos días, cerca de Anillaco, en el pueblo de Aminga destruyen y saquean la casa de las Religiosas de La Asunción y la sede del Movimiento Rural Diocesano.

Ante permanentes calumnias y hechos como los brevemente referenciados, en noviembre de 1973, el Papa Pablo VI envía a un Representante Personal en la persona del Arzobispo de Santa Fe, Mons. Vicente Zazpe, cuya memoria es un orgullo de la Iglesia argentina y latinoamericana. La misión encomendada al Representante Personal era clara; decía Mons. Zazpe: “Vengo enviado por Pablo VI para comunicarles que habiéndose enterado de lo que pasa en esta diócesis, el Santo Padre le expresa al Obispo su confianza y benevolencia, lo que significa también que Angelelli no es ni comunista ni marxista, sino

³² Declaración del Episcopado Argentino en abril de 1969, Ediciones Paulinas, Buenos Aires, 1972, Capítulo VI, número 6.

³³ Farrel Gerardo Mons., Enrique Angelelli, Pastor de una Iglesia Renovada para el Hombre Nuevo, Boletín Lauretano del Seminario Mayor Ntra. Sra. de Loreto (Córdoba, Argentina), N° 56, año 1997, páginas 23-24.

³⁴ Particularmente desde del Diario “El Sol” (editado en la ciudad de La Rioja) y la Revista “Cura Brochero” (editada en la ciudad de Buenos Aires).

un Obispo católico en total comunión con el Papa”. Mons. Zazpe visitó los diversos pueblos del Departamento de La Costa, donde se había radicalizado el rechazo explícito a las opciones pastorales de Mons. Angelelli. Conversó con los que así deseaban hacerlo y escuchó las diversas opiniones al respecto. En algunos lugares no lo quisieron recibir. También en la ciudad de La Rioja mantuvo diversas reuniones y encuentros, y percibiendo las dificultades, procuró en todo el diálogo y el mutuo entendimiento.

De este modo, el Representante papal en el mensaje emitido en la Misa concelebrada con Mons. Angelelli y el presbiterio riojano, en la Iglesia Catedral el 23 de noviembre del mismo año, expresó: “Por eso, al concluir quiero resumir mi misión: no he venido por mi propia iniciativa, me han enviado, y el que me envió tiene un nombre concreto: Pablo VI y las consignas son tan concretas como su nombre: pedir la confianza para el Obispo, porque el Papa se la tiene. El Obispo no puede servir desde una ideología, aquí no se hace, sino desde el Evangelio y en unión con el Papa, aquí si lo hace. Al dejar la diócesis, querría decir al Sumo Pontífice que la Iglesia de La Rioja ha sabido superar sus dificultades, porque ha concretado en la fe, en la caridad, en la obediencia y en el cariño de su Obispo, la súplica y orden de Cristo: el mundo conocerá que son mis discípulos, cuando se evangelice a los pobres y se amen como yo los he amado”.

“Llevamos este tesoro en vasos de barro”³⁵

El obispo Angelelli y la Iglesia riojana continuarán la marcha por terrenos cada vez más duros y difíciles. Las calumnias y las difamaciones prosiguieron, algunos contestatarios dudaron de la imparcialidad del Representante Personal de Pablo VI. La opción pastoral de Mons. Angelelli expresada en cada gesto y en cada palabra, con oportunidad o sin ella, siguió provocando reacciones cada vez más virulentas desde los sectores que autodefinidos “católicos”, pretendían escudar con un manto religioso la defensa de lo que consideraban “sus derechos adquiridos”.

Cuando Mons. Angelelli asumía la sede riojana en 1968 el país y la provincia estaban gobernados por una dictadura militar oligárquica, totalmente alejada de las auténticas necesidades del pueblo. En el breve decurso del gobierno constitucional (mayo de 1973 a marzo de 1976) sufre diversas intrigas y acciones violentas y deshonestas contra su ministerio episcopal, por parte de los terratenientes e influyentes del Departamento de La Costa; pero, todos los demonios se desatan y sé aunan desde el 24 de marzo de 1976 cuando en la Argentina se instalaban los hombres de caza de la dictadura militar más atroz y despiadada del último siglo, el denominado Proceso de Reorganización Nacional. Tres momentos, tres etapas de la historia argentina y riojana en las cuales resuena y asoma la voz y la presencia del pastor fiel al proyecto de Jesús y al espíritu del Concilio Vaticano II.

En 1976 los acontecimientos se precipitan. El 17 de febrero, el párroco de Olta es detenido y luego de un largo interrogatorio es liberado. El 24 de marzo los militares usurpan el poder constitucional y asumen el gobierno. Nuevamente es apresado el párroco de Olta y la sede parroquial clausurada por los militares; también es detenido el párroco de Malanzán, mientras otros dos sacerdotes, (uno de ellos era Fray Carlos de Dios Murias, ofm conventual), son interrogados durante toda una noche en la sede de la Base Aérea en

³⁵ Esta frase de la segunda carta a los Corintios 4, 7 estaba resaltada en la Biblia que usaba Mons. Angelelli. El día del entierro su Biblia estaba abierta sobre su ataúd en este mismo texto.

Chamical y luego liberados. El 31 de marzo algunas religiosas son demoradas por la policía sin ningún motivo convincente. “Desde la misma noche de ese fatídico 24 de marzo, cuando las detenciones se transforman en una marea gigantesca y las desapariciones y las cesantías multiplican el llanto y la desesperación de toda la provincia, Angelelli se multiplica, procurando restañar las heridas abiertas con su palabra, con su gesto, con su vida. Desde este momento no tiene descanso físico, ni anímico. De su angustia, de su propio dolor, de sus flaquezas humanas saca fuerza, empeño y constancia para gestionar, interceder, averiguar,... (...) Mientras tanto en las declaraciones tomadas en la cárcel su nombre, su pastoral, el accionar de los curas y monjas de la diócesis, eran temas de interminables interrogatorios. Incuestionablemente se buscaba destruirlo, exhibirlo como prueba del anticristo, del marxista, del subversivo que les había arrebatado la Iglesia a los usureros, a los explotadores del juego, a la insensibilidad de algunos sectores dueños de las tierras y de los turnos de agua, al pintoresquismo de una sociedad vestida con la hipocresía del paternalismo, a los bondadosos parlantes de plegarias domingueras pidiendo el cielo, todo el cielo, sólo el cielo, también para los pobres”.³⁶

El 4 de julio de 1976 en la fiesta de San Nicolás en La Rioja, el obispo Angelelli invita a la diócesis a ponerse en estado de oración. El 18 de julio son secuestrados de la parroquia de Chamical, el Pbro. Gabriel Longueville (francés, 40 años, párroco de esa localidad) y Fray Carlos de Dios Murias ofm conventual (nacido en Córdoba, 30 años, vicario de la misma parroquia). El día 20 de julio, por la tarde, una cuadrilla de obreros ferroviarios encontró los cadáveres, de ambos sacerdotes, a unos pocos kilómetros de la ciudad de Chamical, acribillados a balazos, maniatados y con signos de haber sido cruelmente torturados. A Mons. Angelelli el asesinato de los curas le partió el corazón. Pero todavía no era suficiente, la noche del 24 de julio es asesinado delante de su familia, por encapuchados desconocidos, el laico Wenceslao Pedernera en la localidad de Sañogasta. Era miembro activo del Movimiento Rural Diocesano. La justicia hasta el momento nunca pudo reconocer a los autores de estos alevosos crímenes.

Así se iba cerrando la espiral. En la tarde del 4 de agosto de 1976, en la ruta que une Chamical³⁷ con La Rioja, concretamente en Punta de los Llanos, en un “accidente automovilístico” (según lo consignaron las autoridades de turno que difundieron la noticia) pierde la vida el obispo Angelelli. Pero entre el pueblo se supo que lo habían matado. El Vaticano publicaría la noticia de su deceso en el *L'Osservatore Romano*, escribiendo que la misma aconteció “en un misterioso accidente automovilístico”.³⁸ La causa judicial reabierta en el año 1983 determinó que el “accidente” fue un homicidio calificado.³⁹

³⁶ Mercado Luna Ricardo, Enrique Angelelli, aportes para una Historia de Fe, compromiso y martirio, Canguro, La Rioja, 1996, página 61.

³⁷ Donde participara con la parroquia en el novenario de los curas, y también recabando datos e informes sobre el secuestro y muerte de los mismos.

³⁸ *L'Osservatore Romano* (edición semanal castellana del 22 de agosto de 1976), Año VII, N° 34, página 5, Sección Colegio Episcopal: Lutos. El subrayado es nuestro.

³⁹ Expediente 23.350/83, folias 339/341, Juzgado del Crimen N° 1, La Rioja, Juez Dr. Aldo Fermín Morales. Una opinión alternativa queda reflejada por el sucesor de Mons. Angelelli en la sede riojana: “En el transcurso del tiempo, logré aclarar el drama de la trágica muerte de monseñor Enrique Angelelli; precisando que las fuerzas del mal, que asesinaron a los sacerdotes Carlos y Gabriel, y al laico Wenceslao, también querían matar al Obispo. Pero su muerte fue a causa de un accidente de tránsito. Es de esperar que el testigo, ex presbítero Arturo Pinto, recobre la memoria de aquella tragedia”. Mons. Bernardo Witte, Obispo Emérito de Concepción, AICA-DOC 559, páginas 249-250, suplemento del boletín informativo AICA N° 2332, del 29

Mons. Angelelli siguió las huellas de esa extensa nómina de evangelizadores latinoamericanos, muchos mártires, todos entregados hasta donar su vida por defender y custodiar el valor de la dignidad humana. Era de la raza de Antonio de Montesinos, de Bartolomé de Las Casas, de los jesuitas de las Repúblicas Guaraníes, del Cura José Gabriel Brochero, del Pbro. Carlos Mujica (cura villero en Buenos Aires, asesinado el 11 de mayo de 1974), de los mártires palotinos PP. Alfie Kelly, Alfredo Leaden y Pedro Dufau y los estudiantes Emilio Barletti y Salvador Barbeito (asesinados en Buenos Aires, el 4 de julio de 1976), de las Hnas. Alicia Dumont y Leonie Duquet (secuestradas y desaparecidas en diciembre de 1977) y tantos otros. “Como su contemporáneo Mons. Oscar Romero, el obispo Angelelli con su vida predicó que cada uno de nuestros criollos, por más pobres que sean, es un hombre que tiene una dignidad de altitud crística. Todos hombres de Iglesia que cruzaron los siglos americanos civilizando con el Evangelio y que hicieron que los hombres de la Iglesia tuviéramos un respiro frente a la incapacidad que tenemos, por definición y por pecados personales, de estar a la altura de la misión evangelizadora”.⁴⁰

Un Obispo de los pobres, “mártir de la Iglesia conciliar”⁴¹

Según expresiones de San Agustín: “Lo que hace al mártir no es la pena que sufre sino la causa que defiende”. Mons. Gerardo Farrel, cree que Mons. Angelelli fue un obispo mártir del Concilio, obediente a Dios y servidor de su pueblo, preferencialmente de los pobres, marginados y excluidos. Concluyendo nuestra reflexión, destacamos algunos aspectos de su accionar pastoral, que a modo de síntesis seguirán alumbrando la vida de la Iglesia:

- ◆ Una Iglesia servidora, cercana a los más necesitados, respetuosa de la religiosidad popular.
- ◆ Una Iglesia fraterna y comunitaria, identificada con la liberación integral de la persona humana, promotora de la justicia y de la comunión.
- ◆ Una Iglesia solidaria con los que sufren, promoviendo una distribución justa y solidaria de los bienes de la tierra, al servicio del hombre y de los pueblos.
- ◆ Una Iglesia profética, anunciadora de la Buena Nueva a los pobres, denunciadora de la ambición, la explotación y el atropello; que se convierte en “voz de los sin voz”.
- ◆ Una Iglesia comunicadora de la fe, la esperanza y la caridad, con un oído en el pueblo y el otro oído en el Evangelio.
- ◆ Una Iglesia casa y lugar de encuentro, de reconciliación y comunión para todos los hombres.
- ◆ Una Iglesia mártir, que junto al ejemplo del obispo Angelelli, del laico Wenceslao, de los padres Gabriel y Carlos y de tantos otros, sigue resonando en las etapas de la historia. Sus vidas derramadas y entregadas por amor son semillas vivas, que el viento del Espíritu esparce sin que nadie las pueda detener. No pudieron quitarles la vida (cf. Juan 10,17-18), su testimonio evangélico, sigue escribiendo a los cuatro vientos, la esperanza, la fe, la justicia, la caridad y el coraje de encarnar el proyecto de Jesús y de

de agosto de 2001. Cf. Mons. Bernardo Witte, *Mi vida misionera*, 2ª edición corregida y ampliada, (sin más datos), páginas 84-86.

⁴⁰ Farrel Gerardo Mons., Enrique Angelelli, Pastor de una Iglesia Renovada para el Hombre Nuevo, *Boletín Lauretano del Seminario Mayor Ntra. Sra. de Loreto* (Córdoba, Argentina), N° 56, año 1997, páginas 23.

⁴¹ Idem, página 22.

sus discípulos, que en los pobres, contempla el rostro y el corazón de Jesús (cf. Mateo 25, 31-46).

Con los Obispos argentinos coincidimos: “Queremos unirnos a estas celebraciones, que trascienden el ámbito de la diócesis riojana, dando gracias a Dios y pidiendo al Señor poder continuar su testimonio de entrega y servicio a los más pobres y de renovar nuestro compromiso para construir una Patria más fraterna, solidaria y reconciliada. Anhelamos que la vida y la muerte de Mons. Angelelli sea prenda de unión y evangelización para todos los argentinos”.⁴²

⁴² Declaración de la Conferencia Episcopal al cumplirse 25 años de la muerte del obispo de La Rioja: «Mons. Enrique Angelelli: vivió y murió como pastor». Los Obispos de la República Argentina. 81ª Asamblea Plenaria. San Miguel, 12 de mayo de 2001.